

# Anales de Medicina y Cirugía

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

AÑO XXII - II ÉPOCA

ABRIL, 1946

VOL. XIX - NÚM. 10

## ORIGINALES

### LA OBRA DE PASTEUR Y DE LISTER EN LA CIRUGIA MODERNA

Prof. Dr. MANUEL BASTOS

#### II

**N**o estamos haciendo historia de la cirugía ni queremos narrar hechos que son ya de conocimiento vulgar. Pero sí tenemos que plantar otro cipo memorable en el camino que ha recorrido el arte quirúrgico para llegar a su estado actual. Señalemos el año 1867, en que apareció el artículo de Lister en el *Lancet*, «sobre un nuevo método para tratar las fracturas complicadas». Bajo este título escasamente prometedor se recataba nada menos que la publicación princeps de la cirugía moderna. En él toma un cirujano por primera vez la antorcha que había encendido Pasteur.

\* \* \*

Porque es verdad que antes de Lister algunos hombres beneméritos — hableremos de alguno de ellos — habían puesto las primeras piedras en el edificio científico de la asepsia. Pero solamente Lister utilizó para su decisiva contribución los materiales descubiertos por Pasteur. Así lo declara noblemente el gran cirujano inglés cuando dice «volviendo ahora a la cuestión de cómo produce la atmósfera la descomposición de las sustancias orgánicas, nosotros creemos que un gran raudal de luz ha sido proyectado sobre este importantísimo asunto por las investigaciones filosóficas de Mr. Pasteur, quien ha demostrado con pruebas plenamente convincentes que no es el oxígeno ni ninguno de los componentes gaseosos del aire, lo que concede a éste dicha propiedad, sino que el fenómeno debe atribuirse a las diminutas partículas suspendidas en el aire, que son los gérmenes de varias formas inferiores de la vida según se ha demostrado hace largo tiempo por el microscopio; pero se había considerado a tales gérmenes como concomitantes accidentales de la putridéz, hasta que ahora se ha demostrado por Mr. Pasteur, que eran su verdadera causa, cuyo efecto es transformar los compuestos orgánicos complejos en sustancias de composición química más simple, tal como la levadura convierte el azúcar en alcohol y ácido carbónico...»

\* \* \*

Son bien conocidos los dispositivos que adoptó Lister para oponerse a la infección de las heridas por las diminutas partículas suspendidas en el aire. Todo el mundo sabe que en un principio el cirujano inglés se propuso desinfectar la atmósfera que rodea el campo operatorio mediante pulverizaciones con ácido fénico. Después se ha ido concediendo cada vez más importancia a la infección de las heridas por los instrumentos mismos que las producen, por las impurezas de la piel, por las manos, por las ropas, dejando poco menos que olvidada la infección por el aire.

Observemos sin embargo que últimamente se ha vuelto a poner en el tapete el papel de los gérmenes que contiene el aire en la polución de las heridas. Después de haber esterilizado todo lo que puede entrar en contacto directa o indirectamente con las carnes abiertas los cirujanos habíamos olvidado un poco el aire que para nuestro padre Lister era el principal vector de la infección. Y en un *ritorno all antico* nos preocupamos actualmente de esterilizar también el aire

de las salas de operaciones; claro es que con medios mucho más eficientes que los que Lister empleó. Lo cual prueba hasta qué punto son de vigorosas las ideas verdaderamente geniales.

\* \* \*

Pero volvamos a las relaciones de Lister con Pasteur. Cuando este último era ya muy viejo decía que uno de los momentos más gratos de su vida había sido el de entrar en relación científica con Lister. En las comunicaciones de Pasteur a las academias figura una y otra vez la primera carta que Lister le escribió enviándole sus trabajos. Es fama que Pasteur enseñaba esta breve misiva a todo el que se ponía en contacto con él y viniera o no viniera a pelo.

La correspondencia entre los dos grandes hombres se mantuvo después con toda actividad y efusión. Se amaban sinceramente y se comprendían. A Pasteur le halagaba hasta lo indecible verse interpretado fielmente por aquel gentleman escocés tan señorialmente respetuoso. Comparaba su actitud admirativa con la de aquellos médicos y veterinarios recalcitrantes que le aguardaban en las sesiones de la Academia para hervirle la sangre y se sentía a la vez dolido como francés pero reconfortado como hombre universal. Lister sentía por Pasteur la admiración que a todo inglés inspiran los hombres de iniciativas y los caracteres de una pieza.

Pero no fué esto sólo lo que acercaba tan cordialmente, uno a otro, a los dos sabios. Lo que les hizo amarse fué la profunda similitud de sus espíritus, lo parejo de sus vidas. Lister, prototipo del cirujano, tenía que compenetrarse con Pasteur que, como hemos visto, poseía una mentalidad acusadamente quirúrgica. En uno y otro había ante todo una gran bondad. Los dos eran profundamente humanos porque eran buenos. La obra de Pasteur, como la de Lister, está hecha todavía más con el corazón que con la mente. Ya lo había dicho Pasteur: «Sería muy bello y muy útil darle una gran parte al corazón en el progreso de las ciencias.»

Porque así piensa, se revela Lister desde sus primeros trabajos como un hombre más atento a servir que a encumbrarse. La fama vino a él sin buscarla como una conquista lenta del hombre que, ante todo, quiso ser útil. Pues como dice Leriche, «Lister es el hombre raro que tiene la intuición inmediata de la verdad, con la honestidad profunda de una inteligencia muy sensible a lo que es humano. Yo lo veo solitario en sus investigaciones, tenso hacia su objetivo de de toda la vida, constantemente dueño de sí, voluntariamente modesto en una experimentación que para él nunca se terminó.» ¿No podrían decirse de Pasteur estas mismas palabras?

\* \* \*

El sentido profundamente humano de la obra de Pasteur se transparenta en todos sus escritos, lo mismo en los de juventud cuando se apasionaba por el estudio de los duros y fríos cristales, que en los de madurez cuando sigue con ansiedad de padre el curso de sus vacunados contra la rabia. Siempre hay algo en aquella prosa de academia que nos entenece hondamente: la alusión velada pero férvida a su vida de familia.

La mujer de Pasteur, los hijos de Pasteur, asoman constantemente en la exposición de sus trabajos. Muchos de ellos empiezan dando cuenta de una alegría o de una desgracia familiar, que casi nunca tiene nada que ver ni es en ningún modo justificación de lo que viene después. Pero Pasteur no podía remediarlo, tenía que nombrar a su esposa, se encontraba en los labios el nombre de sus hijos porque los llevaba siempre consigo, porque vivía intensamente con ellos.

Una sola mujer llena enteramente el capítulo sentimental en la biografía de Pasteur: Madame Marie Pasteur. Una sola pasión en Pasteur, fuera de su pasión científica: el amor al hogar. En el hogar, entre los suyos, encuentra Pasteur todo lo que necesita: sostén y acicate, sosiego, impulso, ternura y vigor psíquico. Pasteur se encuentra siempre bien en su casa que para él no es nunca torre de marfil o cueva de Segismundo, sino rincón amable donde absorbe savia vital por las raíces de los suyos.

Una minúscula anécdota nos lo presenta ya muy viejo junto a la chimenea, rodeado de hijos y nietos, inactivo, pues sus achaques no le permiten ir al laboratorio, pero serenamente feliz. Alguien se le acerca y le dice: «ya veo, Maestro, que ahora no hace usted la guerra a los bibriones ni a los microbios». Y Pasteur, que no puede estar de mejor humor puesto que está en su casa, le contesta con un chiste un *calembour* vulgarísimo, pero que revela una mente que no duerme aunque se sienta mecida agradablemente. Pasteur sonríe con simplicidad bonachona y dice: «No crea, amigo mío, que he dejado de trabajar, pero ahora me dedico a profundizar la teoría del *at home*.»

En la abundante correspondencia de Pasteur con su padre, con sus hermanas, con su mujer, con sus hijos reunida devotamente por los que le siguen, puede verse todo lo que la familia representa en la vida de aquel hombre. Pasteur no se sintió nunca individuo aislado. Emplea muy pocas veces el yo y muchas «el nosotros». Pero a este «nosotros» le daba la significación restringida de los «míos», de los que forman el mundo de sus afectos, de las personas de su familia. En la de Pasteur no hubo, no, ese mal contento entre las generaciones, ese choque de ideas, entre padres e hijos, que algunos han llegado a considerar como proceso natural, inevitable y hasta necesario. Pasteur ama a su padre tanto como le respeta y oye como un oráculo al hombre sencillo que repetía a cada paso: «No pensad nunca más que en lo que se tiene entre manos». Por su parte el viejo Pasteur tenía plena fe en su hijo y *le vió* antes que nadie en su destino de grande hombre.

Así también le amó su esposa, sabiendo todo lo que él era, comprendiéndole hasta en lo más recóndito. Y así fué Pasteur para sus hijos. Por eso su vida transcurrió clara y honesta dentro de ese entramado indestructible que es una familia unida, mundo circundante, bienaventuranza y escudo. Por eso, porque fué hombre de familia, fué Pasteur virtuoso, palabra que hoy parece haber perdido su significado, puesto que, para no olvidarla del todo, la aplicamos a los ejecutantes hábiles.

\* \* \*

También Lister fué así. También en Lister asoma a cada paso el medio familiar, la reciprocidad de afectos entre Lister y su suegro, el gran cirujano Syme; la idolatría por su esposa, la confianza absoluta que siempre puso Lister en los consejos y opiniones de los suyos enternecen verdaderamente.

Tampoco en la vida de Lister pueden encontrar los biógrafos un adarme de especias picantes para sazonar sus escritos al gusto de los buenos *gourmets* de biografías. Habría que reunir, sin embargo, las de todos estos hombres sin complicaciones ni trasfondos que no sentían el vicio, simplemente, porque tenían más importantes quehaceres en el mundo. Así nos sería dado apreciar cuánto bien ha extraído la humanidad de esas vidas grises como la de Pasteur o la de Lister que no nos divierten porque no fueron vidas de perdis ni nos edifican, porque no fueron vidas de santos, pero que estuvieron consagradas a una noble tarea.

Glorifiquemos en estos dos grandes sabios a todos los hombres beneméritos que aparte de ello no fueron más que unos «señores como otros cualesquiera», unos «señores de su casa», «unas buenas personas», modestas y hogareñas. Para satisfacción de los humanos, que bien la hemos menester, debe decirse que las vidas apacibles como la de Lister o la de Pasteur no son un caso aislado en el pequeño mundo de los sabios. Ni en otros mundos de azacanes; como el de los quirurgos.

\* \* \*

Todo lo que para estos grandes hombres fué el hogar, lo fué también su patria: sostén y caja de resonancia. Es verdad que tanto Pasteur como Lister tuvieron que reñir pequeñas batallas con sus colegas y aguantar picotazos. Pero esto contribuyó a su fama tanto como los testimonios de aquiescencia o los clamores de gratitud. Pues todo ello ocurría en países a los que de siempre estaba orientada la atención del mundo. Y lo que, entonces como ahora, se hiciera público en Francia, o en Inglaterra, era prontamente conocido, adoptado y comentado en todas partes.

Pasteur y Lister tuvieron la extraordinaria ventura de producirse ante lo que hoy llamamos «la gran prensa», a la luz de los focos y ante oídos bien dispuestos o, como también diríamos hoy, con excelentes micrófonos a su alrededor. ¿Qué hubiera sido de las comunicaciones pasteurianas o listerianas si hubieran sido expuestas ante los distraídos o malevolentes académicos de... Absurdilandia, de Balcanopolis, de Yermamarca o de Beociburgo?

Podemos adivinarlo. Si nuestros sabios hubieran sido ciudadanos de uno de esos países fuera de toda ruta, descontentos de sí mismos y olvidados, voluntaria o involuntariamente por el mundo, no habrían llegado sus trabajos a la humanidad. La doctrina de los gérmenes, la antisepsia y la asepsia, la vacunación contra la rabia o el carbunco dormirían hoy en los polvorientos anaqueles de un archivo estatal o, más probablemente, hubieran perecido en una buena quema de legajos. Aunque es posible todavía que un bibliófilo estrafalarlo sacara a luz aquellos trabajos años después, cuando ya estaban bajo tierra sus autores, proporcionándoles así esa reparación póstuma que a veces reciben los padres de ideas que no llegaron a germinar, los engendradores de abortos, los precursores, en una palabra.

Ejemplo de tan triste destino es el caso Semmelweiss. Del poderoso cerebro de este hombre excepcional surgió toda la doctrina de la asepsia como de la cabeza de Zeus salió armada de todas sus armas la ojizarca Atenea. Cuanto se ha hecho después en principio y hasta en detalle sobre desinfección preoperatoria estaba ya en los trabajos de Semmelweiss. Pero este malaventurado vivía en uno de esos países ricos de Historia pero de adverso destino, en uno de esos países pintorescos y trágicos que parecen dejados de la mano de Dios aunque a ellos les parezca que lo tiene a su servicio y devoción. Por eso, Semmelweiss no encontró entre los suyos el menor aliento. Si alguien se inclinó hacia él, más lo hizo por motivos extracientíficos—¡esos motivos extracientíficos que todo lo perturban en las tierras inhumanas!—que por el sano afán de conocer. Muchos le impugnaron con odio y con desprecio, pero los más hicieron con él algo que es lo peor que le puede ocurrir al hombre de estudio: le ignoraron concienzudamente. En aquel país poco propicio por agitado y por malavenido que era la patria de Semmelweiss murieron de mala muerte los descubrimientos de este magnífico investigador y sucumbió él mismo a la amargura de verse incomprendido.

En la vida de Semmelweis sí que hay materia abundante para los confeccionadores de biografías romancescas. La fuerza del ambiente hizo de aquel médico, que no debió ser más que un respetable hombre de ciencia, todo un héroe de novela. Pero, ¡qué pena da reconocerlo! Y todavía es más penoso ver a tan gran sabio *exhumado* muchos años después, no para glorificarle, sino más bien para hacer flamear su recuerdo como bandera de combate. Este es el triste destino de los que quieren saber y no desean más que servir en puntos del planeta condenados a no ser más que campos de batalla.

Si hoy sabemos algo de Semmelweiss es porque gentes más o menos afines a su raza nos lo presentan como prueba de que ellos se habían adelantado a otros países en el descubrimiento de la antisepsia. Lo mismo ocurrió con tantos hombres de ciencia que, como Semmelweiss, fueron ciertamente *the right man*, pero no estuvieron situados en el *right place*.

\* \* \*

La obra de estos mal ubicados parece haber estado destinada nada más que a los eruditos. Sobre todo a ese tipo de eruditos patrióticamente agresivos cuya misión en este mundo es mostrar que su tierra había hecho ya todo antes que las demás. Como producto de tan loable actividad surgen a cada paso figuras de precursores. Y es ligeramente cómico el orgullo de los países que se proclaman la cuna de un precursor a la vez que reconocen haberle hecho la vida imposible.

Porque estos genios fantasmales, estos medio seres, estos pobres despistados que fueron siempre los precursores en las ciencias y en el progreso humano, casi nunca tuvieron nada que agradecer al medio en que vivieron. Unas veces se adelantaron a él y dijeron cosas que nadie podía entenderles. Otras veces fueron víctimas ellos mismos de la estulticia ambiente y no supieron ver lo que había de oro impercedero en el barro que estaban amasando.

Ejemplo de videntes incomprendidos por haberse adelantado al ambiente de su época, son nuestros cirujanos del siglo XVI Arceo y Agüero. Uno y otro pueden ser considerados merecidamente como precursores de la cirugía actual y de la asepsia. En los libros de estos beneméritos quirurgos españoles se aventura la idea de que las heridas no tienen por qué supurar necesariamente; por el contrario, pueden y deben ser curadas «en seco», es decir, por primera intención. Para lograrlo aconsejan una serie de medidas que se dirían escritas hoy. Pero, como decía Agüero, sus «avisos particulares iban contra la común opinión». Y nadie les hizo caso.

En cuanto a la raza de los precursores profundamente ignorantes que han hecho las cosas sin saber por qué, de los precursores sin espíritu científico, magos o charlatanes, apenas hay necesidad de citar ejemplos. Elijamos el de un desconocido; aquel cirujano o veterinario del país de York que tanta fama adquirió en toda el norte de Inglaterra por sus operaciones en los animales domésticos. El secreto de su éxito eran unos actos misteriosos que realizaba poco antes de empezar cada intervención. Nadie pudo saber nunca lo que hacía, en tanto, aquel ladino hasta que se lo confesó a su propio hijo en el lecho de muerte. Hizo que cerraran antes puertas y ventanas, se cercioró que nadie más que su heredero podía oírle y le susurró al oído: «mientras estoy encerrado en la cocina antes de operar hiervo mis instrumentos».

\* \* \*

Pero más que hablar de los precursores de la asepsia, cumple a la memoria de Pasteur y de Lister, que hablemos de sus continuadores. Los hubo en todos los países y a sus trabajos se debe, no ya la discusión de la doctrina, sino algo

mucho más meritorio, la erradicación de una serie de hábitos funestos. Porque aquellos cirujanos del 70 al 90 del siglo pasado que recibieron en toda su pristina pureza el dogma de la asepsia y lo esparcieron por el mundo, fueron unos apóstoles, desde luego, pero más que nada fueron unos reformadores de las costumbres quirúrgicas. ¡Labor bien ingrata esta última! Pues ya se sabe que encontrar adeptos cuando se predica un nuevo sistema científico, filosófico, político o social es mucho más fácil que hallar gentes dispuestas a desprenderse de rutinas inveteradas. Porque el predicador habla a la parte más noble y más plástica de las almas, y al mismo tiempo, remueve los afectos que forman lo más inquieto de nuestro ser. Pero el que pretende hacer comer con tenedor a los que siempre comieron con los dedos, se estrella ante lo más rígido de la vida psíquica, los propios fundamentos de los instintos, los reflejos.

La asepsia imponía, efectivamente, a los cirujanos un cambio completo en sus reacciones motoras y en su conducta. Los principios en que este cambio había de fundarse fueron poco a poco aceptados por la mayoría de los quirúrgicos. Lo que no hacía casi ninguno, era llevarlos a la práctica. Toleraban la antisepsia con todos sus repelentes olores, pero no sabían reprimirse en el manoseo de las heridas, ni demorarse en las medidas preoperatorias. Largos años de esfuerzos y no poca paciencia hubieron de emplear los pragmatistas de la asepsia para convertir a los cirujanos hechos a otros tiempos, en seres enteramente inocuos para los pacientes. Tuvieron que hacerles despojarse primeramente de sus prendas de indumento para revestirles de otras más adecuadas e impolutas. Las luchas que costó este requisito están expresadas en fotografías y grabados de años pretéritos. Se ve en ellas con qué digna parsimonia han ido abandonando los operadores la severa levita, los puños, la corbata... para trabajar en la sala de operaciones. No menor resistencia han opuesto en otros extremos de las prácticas asépticas. Crear los reflejos necesarios para ello es cosa fácil en los ayudantes, en las enfermeras, es decir, en quienes no tienen por qué tener ideas propias; pero es muy difícil en aquellos que pretenden «saber a que atenerse». Por desgracia, todavía existen muchas de estas personas que no se doblegan así como así a los preceptos del ritual aséptico. Los cirujanos modestos hemos de tolerarlas muchas veces en los quirófanos, inspeccionándonos demasiado de cerca y sin tomar ninguna clase de precauciones. ¡Dios perdone a estos espíritus fuertes en quienes parece revivir la maligna obstinación de los impugnadores de Pasteur!

\* \* \*

Glorifiquemos, pues, a los que nos enseñaron a hervir los instrumentos. Pero sobre todo a los que nos enseñaron el porqué debíamos hervirlos. Ellos han preparado esa maravillosa realización que es la cirugía moderna. No; no esperen ustedes que un cirujano cualquiera, el último de todos, el que les habla, llene sus oídos con hazañas y más hazañas de quirúrgicos. Todo el mundo conoce, incluso por propia experiencia, hasta dónde llegan las posibilidades de la cirugía actual. Decir asimismo que todo cuanto somos y todo lo que podemos hacer hoy los cirujanos se debe a las doctrinas pasteuriano-listerianas es repetir un lugar común. Que la cirugía es hoy la más sólida y científica de las artes de curar, en tanto que antes de Pasteur era un oficio espantable como el del verdugo, no necesita ser demostrado. Tampoco es preciso hacer el recuento de vidas y de energías que la ciencia quirúrgica ha rescatado para la humanidad.

Queremos, sí, hacer resaltar lo que la cirugía actual representa no para el bien público, sino para el bien privado; no para la colectividad, sino para el individuo. Desde este punto de vista consideramos que los más bellos avances de la cirugía actual son los realizados en la eliminación del sufrimiento. Hoy podemos ciertamente aliviar muchos dolores mediante operaciones quirúrgicas. Pero, sobre todo, estas operaciones pueden realizarse de modo que no vayan acompañadas ni seguidas de padecimientos. En tal afán profundamente humano, la asepsia completa y hace eficaces los beneficios de la anestesia.

\* \* \*

Es preciso recordar con este motivo el estado en que se encontraba la cirugía al darse a conocer en el mundo los trabajos fundamentales de Pasteur. No queremos referirnos a la espantosa mortalidad de que iban seguidas por entonces las operaciones quirúrgicas. Mucho menos hemos de evocar el horrible ambiente de las clínicas de cirugía hacia mediados del siglo pasado. Nuestro respeto a la sensibilidad del lector — sobradamente castigada por remembranzas dantescas en los días que corren — nos veda trazar ciertos cuadros. Además pueden encontrarse descritos en libros accesibles a todo el mundo. Y es una lástima que no ocurra lo mismo con el interesantísimo del gran cirujano parisién Mondor, recientemente aparecido.

Nuestro recuerdo se limita al enorme desencanto que se produjo en el mundo científico tras del descubrimiento de la anestesia. Los cirujanos acogieron con el mayor júbilo, como es natural, a este mirífico recurso que les permitía operar metódicamente con sosiego y sin la tremenda coacción de los gritos del enfermo. Todos auguraron entonces una nueva era de esplendor para la cirugía; pero la experiencia inmediata enfrió prontamente estos entusiasmos. Es verdad que se podía operar sin hacer sufrir a los pacientes... por el momento, pero las intervenciones eran siempre motivo de horribles sufrimientos después. La infección de las heridas era algo fatal y las complicaciones más pavorosas — la podredumbre, la gangrena — eran cosa corriente.

Los enfermos pasaban así, mal que bien, por el trance operatorio, pero era para ser víctimas de tormentos prolongados días y meses después, cuando no eran prontamente liberados por la muerte. ¿A qué, pues, operar?, se dijeron los cirujanos. ¿Para qué había servido la anestesia si las intervenciones quirúrgicas no eran otra cosa que la iniciación de nuevas torturas para los pacientes? Una oleada de nihilismo pasó entonces por el ánimo de los cirujanos. Nunca aparece el arte quirúrgico más tímido, más pacato que en los libros de cirugía del 40 al 80 del siglo pasado. Un desalentado «¿para qué» asoma al final de todas las descripciones de técnicas operatorias. Era aquella una cirugía puramente teórica, vacía de entusiasmo, espectral.

\* \* \*

Todo cambió con Pasteur y con Lister. El portentoso don de la asepsia ha librado casi por completo a los humanos del dolor post-operatorio, mucho más temible, más agotador que el dolor operatorio mismo. Todavía persisten en el subconsciente de los enfermos ecos de este terror a lo que venga después de la operación, cuando nos dicen estremecidos: «Sí; ya sé que al operarme no me harán daño, pero ¿y después? ¿Y las curas?» Porque — es bien natural — los pacientes quirúrgicos temen mucho más a las curas, a las terribles curas diarias, que a la propia operación.

Afrontar el trance operatorio como afrontar la muerte todos somos capaces de hacerlo con más o menos elegancia. Pero el infierno de un sufrir continuado, gota a gota y día tras día, indefinidamente, es algo superior al probado aguante de los humanos. Así es de intolerable esa angustiada espera del operado que por no haber curado bien ha de ser sometido al suplicio de la cura diaria. Pues la anticipación del dolor es, ya se sabe, algo peor que el dolor mismo. Así como la *pompa mortis* aterra mucho más que la misma muerte a los que para morir hemos venido al mundo.

Hagamos llegar, pues, a Pasteur en el cincuentenario de su muerte la gratitud inmensa de los pacientes que gracias a la asepsia han cicatrizado por primera intención, es decir, han curado pulcramente, llanamente y plácidamente después de las operaciones quirúrgicas. A estas fechas se rememoran en distintas partes del mundo atormentado que vivimos los grandes hechos de Pasteur. Les han hablado de ellos aquí mismo personas eminentes y han podido apreciar ustedes en todos sus aspectos cuán grande tiene que ser el reconocimiento de la humanidad al genio de Pasteur. Pero yo me siento portador ahora de un homenaje mucho más modesto: el del operado desconocido, el de un paciente cualquiera que fué intervenido de... cualquier cosa, con plena eficacia y sin malos recuerdos. Veo a este quidam acercándose a la tumba de Pasteur con una modesta corona en cuya inscripción se lee: «Ofrenda de un enfermo agradecido al hombre cuyos estudios hicieron lo menos cruenta posible a la Cirugía».